



Seix Barral

Juana Libedinsky

Queremos tanto a Jane





Seix Barral

Juana Libedinsky

Queremos tanto a Jane

PRÓLOGO

JANE AUSTEN EN SAN TELMO

Todos los domingos de mi infancia, mis padres nos llevaban a mi hermano Gaspar y a mí a San Telmo —o a Tristán Narvaja, cuando vivimos brevemente en Uruguay—. Si viajábamos por su trabajo (ambos arquitectos, siempre con algún proyecto en el exterior o un posgrado que dictar), el alba de cada fin de semana nos sorprendía en el Rastro, Les Puces de Saint-Ouen o el mercado de pulgas de Portobello Road, mucho antes de volverse fashion gracias a Julia Roberts en Notting Hill.

El objetivo era siempre el mismo: adelantarse a los anticuarios, hurgar entre pilas de baratijas hasta dar con la trouvaille, esa maravilla inadvertida por ojos menos entrenados.

Con frío, calor, lluvia o viento, pasábamos horas ahí, rodeados de tesoros ocultos que había que excavar, como arqueólogos, de entre lo feo, lo kitsch y lo banal. O de entre lo que los puesteros ya habían identificado como valioso y, por ende, cotizado en consecuencia.

El resultado era que vivíamos en casas que eran palacios mágicos —o depósitos de cosas viejas, según a quién se le preguntara—, pero a mí todo me aburría como loca. Lo mismo le pasaba a mi hermano. Cada uno encontró su propia estrategia para sobrellevarlo y, curiosamente, fueron decisiones que, con el tiempo, marcarían nuestros destinos.

En un local cerca del mercado de Camden llamado —cómo olvidarlo— More Balls than Most («Más pelotas que la mayoría»), a Gaspar le compraron tres bolas de malabarista. Corrían los tempranos años ochenta y, desde ese momento, nunca dejó de jugar con ellas en cada visita a las ferias de pulgas. La prueba más evidente de cuánto tiempo pasábamos ahí es que terminó trabajando para un famoso circo. Con los años, reemplazó las bolas de cuero por unas de fuego y empezó a lanzarlas desde lo alto de un monociclo. Apenas recibido, entró en uno de los estudios de arquitectura más vanguardistas del mundo. Rem Koolhaas, su fundador, lo contrató en Róterdam tras ver un video de él con sus pelotas: su dominio del espacio le pareció ideal para trasladarlo a proyectos de construcción alternativa.

Yo, en cambio, me refugiaba en los libros. No soy muy original en esto: tendría unos 8 años y siempre llevaba conmigo alguno de la colección Robin Hood. Entre sus tapas amarillas descubrí algunas de mis historias de amor preferidas hasta hoy: *Mujercitas*, *Papaíto Piernas Largas* y hasta títulos menos conocidos de Louisa May Alcott y Jean Webster, como *Una guirnalda de flores* y *Querido enemigo*. Si no había una protagonista joven —idealmente destinada a convertirse en escritora o periodista— y algún

romance en la trama, el libro no me interesaba demasiado. Por eso, Sandokán, Tom Sawyer, Azabache y buena parte de la literatura de aventuras quedaban automáticamente descartados.

Había que buscar por otro lado. Del lado materno tenía una pariente inglesa, Shummy, mi tía abuela segunda favorita, que vivía en Acassuso, tomaba el té con scones, cuidaba con paciencia infinita su jardín de flores y tenía una biblioteca con varios de los libros de su propia infancia. Fue ahí donde descubrí *Orgullo y prejuicio* y *Emma*. No hubo vuelta atrás. Eran historias de mujeres inteligentes que encontraban el amor en una sociedad restrictiva, llenas de diálogos brillantes y finales felices. ¿Qué más se podía pedir?

En la secundaria aprendí, sin embargo, que mucho más gracias a una de esas maravillosas profesoras de literatura que nos abren los ojos a lo que estaba ahí pero no sabíamos ver (aunque moriría del espanto al ver cómo expresé esto con un cliché). La cuestión era que en Austen había distintos niveles de lectura. Debajo del romance, es una aguda observadora de la clase, el género y el dinero. Sus novelas están llenas de ironía: sobre el mercado matrimonial, las limitaciones impuestas a las mujeres, la hipocresía.

Por otra parte, sus retratos de chicas jóvenes que están en el centro de sus seis novelas canónicas mostraban cómo era madurar —aunque fuera dolorosamente—. En el caso de Elizabeth Bennet, en *Orgullo y prejuicio*, esto ya se adelanta en el título de la obra y ocurre cuando toma conciencia de sus prejuicios iniciales respecto de Mr. Darcy (que le parecía un creído desagradable). Emma Wood-

house, en *Emma*, lo hace cuando se enfrenta al daño que puede causar su arrogancia disfrazada de buenas intenciones y reconoce que no todo el mundo necesita —ni quiere— ser moldeado a su criterio.

Lo mismo ocurría en libros de Austen que leí más adelante: Marianne Dashwood, en *Sensatez y sentimientos*, cuando aprende que el romanticismo impetuoso no siempre lleva a buen puerto. Catherine Morland, en *La abadía de Northanger*, que empieza creyéndose la heroína de una novela gótica y termina entendiendo que crecer es también aprender a distinguir entre lo que imagina y lo que es real. Fanny Price en *Mansfield Park* representa, como dice Lionel Trilling, «el deber en estado puro». No necesita cambiar sus valores, sino más bien consolidarlos frente a un entorno que constantemente los desafía. Pero hasta ella madura en cuanto a su capacidad para actuar según su conciencia, incluso cuando eso la aísla. Anne Elliot, en *Persuasión* (otra que lo anuncia desde el título), madura cuando se da cuenta de que se dejó persuadir por una amiga para rechazar al amor de su vida, aunque para entonces ya no es tan joven.

El tiempo pasaba para mí también. Seguí leyendo y releiendo, terminé trabajando de periodista y me especialicé en Jane Austen en una maestría en sociología de la cultura. Descubrí lo que llamaban las «lecturas intertextuales y metaficcionales». Austen dialoga con las tradiciones literarias que la precedieron —en *La abadía de Northanger*, la protagonista literalmente se vuelve loca por las novelas góticas de moda— y con las que vinieron después. A los académicos y escritores les fascina rastrear estas conexiones, igual que explorar cómo Austen juega con los

géneros, subvierte expectativas narrativas y crea nuevas que llegan hasta nuestros días. Yo devoro con placer estos análisis. Descubrir cómo el arco que consagró *Orgullo y prejuicio* —ese «de enemigos a amantes»— terminó siendo la base de casi todo lo que me gusta —incluido lo más pop, porno o trash, como *El diario de Bridget Jones*, *Crepúsculo* o *Cincuenta sombras de Grey*— fue apasionante. Lo mismo que el arco «de amigos a amantes» que nació con *Emma*, o la oda a las segundas oportunidades que representa *Persuasión*.

Vinieron luego las preguntas complicadas. ¿Está Austen de manera implícita cuestionando el patriarcado y los derechos de propiedad o, al ser tan sutil, contribuye a que nada cambie? Pero ¿es esa la función del autor? Pasé a los libros de análisis con títulos como *Jane Austen: The Secret Radical*. Su autora, Helena Kelly, sostiene que, cuando Austen menciona, casi al pasar, a unos ladrones de gallinas en *Emma* —algo que no importa nada para el argumento—, en realidad lo hace para dar una pista. Mr. Knightley, que parece tan bueno y noble que hasta su apellido remite a *knight*, como un caballero de la Mesa Redonda, estaba dejando a muchos en la pobreza al cerrar tierras previamente abiertas al pastoreo. Pero ¿qué pasa si uno no está atento a eso?

Fue la primera vez que encontré problemas con los libros de Austen. En realidad, la segunda. Ya había tenido una decepción décadas antes, en la época en que leía y releía *Orgullo y prejuicio* y *Emma* mientras seguía a mis padres de puesto en puesto. Lo bueno de esa época era que, de alguna forma, me las arreglaba para no romper los objetos expuestos a mi alrededor (mi hermano daba más

miedo con sus pelotas en el aire, pero estábamos bien entrenados y no hubo que lamentar ninguna fatalidad). Lo malo era que Shummy no tenía el resto de las novelas de Austen. En esos tempranos ochenta, cuando conseguí las traducciones al castellano —algunas, de hecho, entre los libros usados de San Telmo—, fue un baldazo de agua fría. Al menos comparadas con las que había tomado prestadas en inglés de lo de la tía abuela segunda, tan generosa que se sentía —mínimo— como tía abuela.

Más allá de casos anteriores esporádicos, las traducciones de Jane Austen empezaron a llegar a la Argentina desde España a mediados del siglo XX y presentaban varios problemas que distorsionaban la experiencia original de lectura. Las primeras versiones en castellano, hechas por traductores como Manuel Ortega y Gasset (hermano del gran José, uno de los intelectuales más influyentes y que escribía en *La Nación*), tendían a suavizar o incluso a eliminar la ironía. El diálogo se volvía más formal y sentimental, los dobles sentidos eran reemplazado por algo decoroso e infinitamente más aburrido. Las versiones que yo conseguí de chica eran herederas de ese canon. ¿Elizabeth Bennet modosita? Yo lo tomaba como una agresión personal. De hecho, cuando en 2009 se publicó *Orgullo y prejuicio y zombies*, una adaptación del género de horror cómico que convertía a Elizabeth en una decapitadora de muertos vivos, me pareció una caracterización bastante más ajustada.

Eleonora González Capria, que publicará este año una traducción anotada y prologada de *Sensatez y sentimientos*, me mostró que se estudiaron versiones en cas-

tellano que se basaban en otras previas, lo cual, encima, afectaba la legibilidad.

Las traducciones más serias en la Argentina comenzaron a aparecer recién a fines del siglo XX y, con más fuerza, en el XXI. Fue un proceso lento que acompañó el reconocimiento creciente de Austen no sólo como autora de clásicos, sino como una escritora moderna, irónica, política y profundamente observadora de su entorno social.

Para el aniversario por los doscientos cincuenta años del nacimiento de Jane Austen, el 16 de diciembre de 2025, hay de todo: traducciones cuidadísimas con prólogos brillantes en distintas lenguas, versiones reinventadas con zombis o influencers, y miles de memes y debates en redes que mantienen su obra en estado de combustión permanente, desde videos de TikTok hasta megaexposiciones en museos, desde campañas en la famosa plataforma de financiamiento colectivo Kickstarter para cortos indie hasta grandes producciones teatrales.

Cuando voy a las tiendas de souvenirs en estos eventos, noto que ya venía coleccionando muchos de los productos que se venden con fervor. Mi hermano me regaló hace años una figura articulada de Jane Austen, tipo G.I. Joe, que todavía preside mi escritorio dándome aliento. Al comienzo de *Orgullo y prejuicio* —«Es una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa»—, uno de los más famosos y parodiados de la historia, lo tengo estampado hasta en el pijama. Cuando lo leí por primera vez fue como una corriente eléctrica. Nunca me había encontrado con algo así. ¿Era irónico? ¿Era verdad? ¿Se estaba

burlando de mí como lectora? ¿Estaba reafirmando instituciones a la vez que les daba un golpe profundo? (Ok, esto último quizás lo pensé un poco después). Todavía no encontré la respuesta, pero tratar de dilucidarlo me ayuda a dormir tras cualquier día difícil.

Además, si se corta la luz, me ilumina una vela gigante con el rostro de Mr. Darcy que se va, en todo sentido, consumiendo lentamente. Los adornos del árbol de Navidad en casa son mini-Jane Austens de fieltro bordado. Es tanto un símbolo cultural como una figura literaria. Doy fe.

Desde muy chica que mi vida gira en torno a Jane Austen. Si bien siempre devoré los productos derivados de ella y de sus libros, y sabía del interés mundial que generaba, como pasión-pasión siempre la sentí como algo muy personal. Nunca había conocido a nadie igual de obsesionada. La única excepción fue cuando, a poco de terminar la universidad, intenté ser asistente de investigación de la eminente socióloga Francis Korn en uno de sus trabajos sobre la Buenos Aires del Centenario. Ella era peor que yo y todos los encuentros para buscar archivos terminaban, en cambio, en largas discusiones sobre la veneración compartida mientras la llevaba hasta un campito para que pudiera ver sus caballos —lo cual posiblemente Austen hubiese aprobado—.

Leí en *Página 12* que, al enterarse de que Bioy Casares decía que Austen no le gustaba, porque había seguido, sin probar si era correcta, la idea de Borges de que como autora «era como las Brontë», Francis le insistió en que la leyera. Conclusión: Bioy reconoció que había sido «un

necio y un torpe» y que Austen era «la inventora de la novela y la escritora más inteligente del siglo XVIII».

Donde las hermanas Brontë cultivan la exaltación romántica, los paisajes desbordados y los amores obsesivos, Austen propone ironía, contención, lucidez emocional. Con Francis éramos fans de ese tipo de temperamento literario. Como dice Tamara Tenenbaum en *Un millón de cuartos propios*, «Austen no busca el incendio: busca la estufa encendida, la habitación ventilada, la taza de té aún caliente». Mi íntima amiga María, quien desde los 12 años juraba que ella sólo tenía ojos para un Heathcliff o un Rochester, decía que yo era un bodrio. Pero Woolf sostenía que Austen era «una maestra del matiz y de la frase exacta» y yo era del equipo que sentía que ahí había una fuerza tanto o más subversiva que en cualquier páramo gótico.

El objetivo de este pequeño libro por supuesto no es convencer a nadie de nada. Son, simplemente, una serie de crónicas, o más bien aventuras personales y familiares al participar de algunos de los eventos que se multiplicaron por los doscientos cincuenta años del nacimiento de Austen. Me mostraron cómo —tanto desde el costado de la sensatez como del sentimiento, y todo tipo de mezclas intermedias— somos muchos, muchísimos los que quedamos tanto a Jane.

Nos llaman los Janeites. El término, utilizado ya desde el siglo XIX, designa a quienes sentimos una conexión emocional intensa con las novelas, los personajes y el universo moral de Austen. Carga con un matiz de burla —por los excesos que puede implicar esa devoción—, pero también con un fuerte componente de orgullo por

la pertenencia. Es como un club internacional sin reglas, pero con ciertos códigos compartidos, capaz de reunir a académicos con fans, a lectores solitarios con bailarines de época, a señoras que se juntan a tomar el té y discutir tramas con adolescentes de TikTok.

Es fascinante ver cómo, tanto tiempo después, Austen todavía nos acompaña, y lo hace en formas muy distintas. Para esto, vivir en Nueva York, curiosamente, resultó ideal. La Jane Austen Society of North America, conocida universalmente por sus siglas, JASNA, fue fundada en los setenta, entre otros, por Joan Austen-Leigh, descendiente del hermano y biógrafo de la autora, y hoy es la mayor organización austeniana del mundo, con más de cinco mil miembros, desde fans que no salen de casa sin su medallita con el perfil de Jane al cuello hasta académicos de renombre, organizó varios grandes, medianos y pequeños eventos, muchas veces por semana. Fueron norteamericanos además quienes, divulgaron más su obra en momentos en los cuales en Gran Bretaña caía el interés y quienes —oh, sorpresa— fueron los principales responsables de haberla convertido en un ícono cultural universal que trasciende tan ampliamente la literatura. La exposición más grande y más seria sobre este aniversario de Jane Austen ocurrió en la Morgan Library de Nueva York, gracias a que Estados Unidos tuvo «protójaneites institucionales», es decir, coleccionistas a gran escala de sus manuscritos, memorabilia, primeras ediciones de traducciones y lo que queda de sus cartas, que luego donaron.

Pero en la intensa primavera boreal en la que este libro fue tanto reportado como escrito, por supuesto que también crucé el Atlántico para recorrer Londres, Win-

chester, Bath y Chawton, los lugares más asociados a la vida y obra de la autora. Fui a Regency Balls, fiestas que emulan las de la época de Jane Austen, y mi vestido de corte imperio, esos del emblemático talle alto justo debajo del pecho y la falda larga que cae recta hasta el suelo, fue amortizado de una manera que jamás hubiese imaginado cuando lo compré en Amazon calculando que sería sobre todo para bailar sola frente al espejo.

Hasta lo empaqué para llevar a Buenos Aires. Descubrí que hay grupos que organizan caminatas alegóricas, fanfictions ambientadas en el Virreinato y hasta bailes de época con coreografías dirigidas con precisión. En cuanto me enteré, saqué pasaje porque, además, siempre que voy aprovecho para visitar a mis padres. Por supuesto que con ellos vamos a San Telmo y hace poco encontré allí una de esas viejas traducciones que de chica me habían parecido tan imperfectas. La furia se volvió gratitud por ese puntapié inicial para que la autora llegara al castellano.

Cuando voy a la feria, ahora también presto atención y comento los objetos que mis padres van rescatando de entre un mar dispar y olvidable, y me da orgullo su pasión. Supongo que, como Elizabeth, Emma, Anne, Catherine, Fanny, Marianne..., maduré.